

## **TRIDUO EUCARÍSTICO**

**Primer día: La noche en que el Amor se quedó para siempre**

**Con la venia de Jesús Sacramentado**

*Hermano Mayor, Junta de gobierno y hermanos de la Seráfica y Franciscana Hermandad y Cofradía de Nazarenos de las Sagradas Cinco Llagas de Cristo, Nuestro Padre Jesús de la Vía-Crucis, María Santísima de la Esperanza y San Francisco de Asís.*  
Queridos hermanos y hermanas todos en el Señor

Hay noches que cambian la historia. Hay noches que el tiempo no puede borrar. Hay noches que permanecen encendidas en el corazón de la Iglesia como una llama que nunca se extingue. La noche del Jueves Santo es una de ellas.

Jerusalén estaba sumida en la oscuridad. Las calles comenzaban a vaciarse. El pueblo celebraba la Pascua recordando la liberación de Egipto. Pero en una sala humilde, en un cenáculo sencillo, estaba a punto de suceder algo infinitamente más grande que el paso del Mar Rojo. Allí Dios iba a entregar a los hombres el don más extraordinario de toda la historia: iba a quedarse para siempre con nosotros en la Eucaristía.

Jesús sabe que ha llegado su hora. Sabe que dentro de pocas horas será traicionado, abandonado, juzgado injustamente, coronado de espinas y clavado en una cruz. Sabe que los hombres van a responder al amor de Dios con odio. Y, sin embargo, precisamente en ese momento, cuando la maldad humana alcanza su mayor expresión, el amor divino alcanza también su máxima manifestación.

San Juan comienza el relato de aquella noche con unas palabras que deberían conmovernos siempre: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo».

Hasta el extremo.

No hasta donde era razonable. No hasta donde era justo. No hasta donde los hombres lo merecían. Hasta el extremo.

La Eucaristía es precisamente eso: el amor llevado hasta el extremo.

Jesús mira a los Apóstoles sentados a la mesa. Allí está Pedro, que dentro de unas horas lo negará tres veces. Allí está Tomás, que dudará de su resurrección. Allí están los demás, que huirán en el momento de la prueba. Y allí está Judas, que ya ha vendido a su Maestro por treinta monedas.

Y aun así, Jesús les da su Cuerpo.

La primera Eucaristía de la historia fue celebrada rodeada de fragilidad humana. Como si el Señor quisiera enseñarnos que este sacramento no es premio para perfectos sino medicina para pecadores, alimento para débiles, fuerza para caminantes cansados.

Tomó el pan entre sus manos santísimas. Lo bendijo. Lo partió. Y pronunció unas palabras que siguen resonando en cada altar del mundo:

«Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros».

Y tomando el cáliz dijo:

«Esta es mi Sangre, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados».

No dijo: esto representa mi cuerpo.

No dijo: esto simboliza mi cuerpo.

Dijo: esto es mi Cuerpo.

La Iglesia ha custodiado durante veinte siglos estas palabras con la veneración con que una madre guarda el último recuerdo de un hijo amado. Porque en ellas se encierra el mayor tesoro que existe sobre la tierra.

San Ignacio de Antioquía, discípulo de los Apóstoles, llamaba a la Eucaristía «medicina de inmortalidad». San Ambrosio afirmaba que quien recibe a Cristo recibe el mismo cielo. San Agustín decía a los fieles: «Recibid lo que sois y sed lo que recibís: el Cuerpo de Cristo».

Y los siglos han pasado, pero la fe de la Iglesia permanece inmutable. El mismo Jesús que nació en Belén, que caminó por Galilea, que curó enfermos, que lloró ante la tumba de Lázaro y que murió en el Calvario, está realmente presente en cada sagrario.

Quizá por eso el Concilio Vaticano II afirma que la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana». Todo nace de ella y todo conduce a ella.

La Iglesia vive de la Eucaristía.

Los santos vivieron de la Eucaristía.

Y nosotros sólo encontraremos la verdadera vida cuando aprendamos a vivir de la Eucaristía.

Hay un detalle conmovedor en el Evangelio de San Juan. Durante la Última Cena, el discípulo amado reclina su cabeza sobre el pecho de Jesús.

Qué escena tan hermosa.

Juan escucha los latidos del Corazón de Cristo.

Escucha el corazón que tanto ama al mundo.

Escucha el corazón que está a punto de ser atravesado por una lanza.

Escucha el corazón que nunca dejará de amar.

Los santos han contemplado durante siglos esta imagen. San Buenaventura decía que Juan, apoyado sobre el pecho del Salvador, bebió allí los secretos más profundos del amor divino.

Y quizá esa sea también la vocación de todo adorador: acercarse al Corazón de Cristo y escuchar sus latidos.

San Francisco de Asís tenía una profunda veneración por la Eucaristía. Cuando hablaba de este sacramento, su corazón parecía incendiarse. Decía que el mismo Dios altísimo se humilla cada día para venir a nuestras manos bajo las apariencias sencillas del pan y del vino.

Y Santa Clara pasaba largas horas ante Jesús Sacramentado. Allí encontraba fuerza para las pruebas, luz para las decisiones y alegría para el alma.

Los santos comprendieron algo que nosotros olvidamos con demasiada facilidad: que en la Eucaristía no hay una cosa, sino una Persona.

No hay un recuerdo, sino una Presencia.

No hay una idea, sino un Corazón vivo que nos ama.

San Alfonso María de Liguori escribía que entre todos los prodigios del amor divino, ninguno supera al de la Eucaristía. El Señor, pudiendo quedarse de mil maneras distintas, quiso permanecer bajo las especies sacramentales para estar siempre cerca de nosotros. Como un amigo que no soporta la separación, Cristo encontró el modo de quedarse.

Y preguntaba el santo obispo: «¿Dónde encontraremos un amigo que nos ame tanto?».

Verdaderamente, ¿dónde?

Los hombres se cansan.

Los afectos humanos cambian.

Las promesas se olvidan.

Pero Jesús permanece.

Permanece cuando somos fieles.

Permanece cuando somos tibios.

Permanece cuando caemos.

Permanece cuando lloramos.

Permanece cuando nadie más comprende nuestras heridas.

Permanece siempre.

Y ahora, queridos hermanos, ya no estamos simplemente recordando aquella noche santa del Cenáculo.

Aquella noche se ha hecho presente entre nosotros.

El mismo Jesús que tomó el pan entre sus manos.

El mismo Jesús que permitió a Juan reclinarsse sobre su pecho.

El mismo Jesús que lavó los pies de los Apóstoles.

El mismo Jesús que pronunció las palabras de la consagración.

Está aquí.

Está delante de nosotros.

Oculto bajo el humilde velo sacramental.

Silencioso.

Esperando.

Amando.

No estamos ante un símbolo.

No estamos ante un recuerdo.

Estamos ante Jesucristo vivo.

Ante el Rey de reyes.

Ante el Señor de la historia.

Ante el Amigo fiel que ha querido quedarse con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Tal vez ahora no hacen falta muchas palabras.

Quizá baste con mirarle.

Quizá baste con dejar que nuestra alma repose en Él como Juan reposó sobre su pecho durante la Última Cena.

Quizá baste con repetir en silencio: «Señor, gracias por haberte quedado».

Traigamos a sus pies nuestras alegrías y nuestras penas.

Nuestros éxitos y nuestros fracasos.

Nuestros familiares.

Nuestros enfermos.

Nuestros difuntos.

Nuestras luchas secretas.

Nuestros deseos de santidad.

Depositémoslo todo ante Él.

Porque nadie nos conoce como Él.

Porque nadie nos comprende como Él.

Porque nadie nos ama como Él.

Y en este momento de adoración no podemos olvidar a María.

Ella no estuvo físicamente en el Cenáculo durante la Última Cena, pero estaba unida al sacrificio de su Hijo con todo su corazón. Y después, junto a los Apóstoles, acompañó a la Iglesia naciente que vivía de la fracción del pan.

María fue el primer sagrario de la historia.

El mismo Cuerpo que adoramos fue formado en sus entrañas virginales.

La misma Sangre que recibimos en la comunión comenzó a circular en el Corazón de Cristo gracias a su sí generoso.

Por eso San Juan Pablo II la llamó la Mujer Eucarística.

Porque toda su vida fue una ofrenda.

Toda su vida fue disponibilidad.

Toda su vida fue un «hágase» pronunciado por amor.

Pidámosle esta noche que nos enseñe a adorar.

Que nos enseñe el silencio de Nazaret.

La fidelidad del Calvario.

La esperanza del Cenáculo.

Que nos enseñe a permanecer junto a Jesús cuando todo parece oscuro.

Que nos enseñe a amar la Eucaristía con el corazón ardiente de los santos.

Y mientras contemplamos al Señor sacramentado, digámosle con confianza filial:

Madre Santísima, llévanos a Jesús.

Haznos enamorados de la Eucaristía.

Haznos almas adoradoras.

Haznos descubrir cada día la inmensidad del amor escondido en este Sacramento.

Y cuando llegue la hora de nuestro encuentro definitivo con Dios, condúcenos de la mano hasta aquel banquete eterno donde ya no habrá velos sacramentales, sino visión cara a cara, donde contemplaremos para siempre al Cordero inmolado que vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.